



UN TROZO DE QUESO

José Luis González García

UN TROZO DE QUESO



Primera edición: enero 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Luis González García

ISBN: 978-84-19151-26-1

ISBN digital: 978-4-19151-27-8

Depósito legal: M-2728-2022

Editorial Adarve

C/Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

UN TROZO DE QUESO

No me ofrece crédito la historia de Miguel Velasco, del que decían que cada vez que bebía de más se iba al cementerio y allí desenterraba a un tal Jaime para exigirle cinco mil pesetas que le había prestado años antes de morir y, al parecer, nunca le había devuelto.

En los pueblos, estas cosas se exageran y a veces se componen historias irreales sobre una anécdota no propia, sino de un padre, abuelo o vete a saber de quién.

A mí me llegó por un primo lejano la que tal vez fue la simiente de esta anécdota que acabo de traer a colación.

Aquí no hay dinero de por medio, sino una ración de queso que el sobrino del alcalde pidió al dueño del único bar del pueblo, Manolo el *Serrano*. Todo dentro de lo normal, si no fuera porque, una vez el queso en el plato, el sobrino del alcalde se lo ofreció a una muchacha que lo había acompañado y que atraía las miradas de los parroquianos.

Esto ocurría por cuatro razones: en el bar raramente entraban mujeres, la chica era de muy buen ver, era hija de madre soltera y todo un notición que Pascual tuviera un detalle con ella: probablemente algo quería.

Manuela no sonreía. Estaba aterrada. Pese a que estaba acostumbrada a las miradas reprobatorias, como si ella hubiera decidido ser hija de quien era, soportarlas todas juntas en el bar no era tarea fácil. No obstante, Pascual la rondaba desde hacía tiempo, aunque la muchacha sabía que cuando estaba con su tío o con sus amigos también hablaba mal de ella.

Pero ¡qué le iba a hacer si le gustaba! Era el único mozo que le hablaba sin censurarla, la miraba con limpieza, o eso le parecía, y tenía alguna amabilidad con ella. Si ante otros la criticaba, sin duda era porque había que convivir: no se lo reprochaba.

Sin querer, ante la atónita mirada de los demás, Pascual empezó a dejarse ver más por el pueblo en compañía de Manuela. Las mujeres decían que lo tenía hechizado, que aquella mujer no tenía vergüenza, como su madre, y acabaría como ella.

En realidad, la madre de Manuela vivía con su hija tranquilamente, lavando y planchando la ropa de varias familias bien de la Bañeza, y si sus convecinas creían que había acabado de tal o cual modo, era porque con sus lenguas de sapo la conceptuaban como una miserable desgraciada.

No se oía nunca queja alguna de Helena, ni tampoco una palabra sobre de quién era Manuela, aunque se sospechaba del propio alcalde.

Vicente Piedra no ocultaba su desdén cuando se la encontraba. Si realmente era su padre, jamás le mostró la más mínima curiosidad, qué decir de afecto. Cuando le fueron con el cuento de que su sobrino la rondaba, no le importó lo más mínimo. «Ir con mujerzuelas no está mal visto en un varón». Eso fue lo que dijo. Así despachó el tema.

Helena, la lavandera, sí estaba preocupada, y advertía a su hija de la maldad de aquella familia, la prevenía contra el muchacho y le explicaba que alguien que te acuchilla cuando no estás no puede ser tu tabla de salvación.

Pero Manuela estaba enamorada. Pascual se interesaba por sus cosas, charlaba amistosamente, e incluso la había invitado a tomar algo en el bar.

Dudó. Alargó la mano hacia el trozo de queso. Tuvo reparos. Se sentía como si le estuvieran ofreciendo el anillo de boda. Respiró hondo. Deseaba besar a aquel buen mozo. Se abstraigo de las miradas. Imaginó que estaban solos. Tomó la rodaja amarilla, bien curada, y se la llevó bajo la nariz. Su fuerte aroma la satisfizo. Tal

vez era un preludio de la consistencia y el sabor de la relación que se le proponía. No se lo pensó más. Mordió una esquina y dejó que su sabor penetrara en ella como si nunca hubiera probado algo así. Sintió miedo, era algo absurdo tal vez, pero tuvo remilgos de comer. Decidió no pensar. Dio otro pequeño bocado. Pascual la miraba, maravillado. Quiso tocar con un dedo el alimento mientras ella lo comía, deseaba participar de aquel momento aún más. Llevó dos dedos hacia la corteza y tiró levemente de ella, intentando desprenderla, sin que Manuela dejara de comer. Los viejos del pueblo miraban asombrados y se pasaban el pañuelo, en aquel día de calor, por las frentes sudorosas bajo las boinas.

Manuela comió despacio, paladeó, disfrutó de aquel momento. Cerró los ojos. Era imposible sustraerse a aquel sabor especial, maravilloso. Finalmente terminó, como todo termina, pero los labios de ella parecían suspendidos en un vivir para besar. Sus ojos mostraban las pupilas dilatadas. Se sentía esposa, entera, hija de un padre y una madre, amada de un hombre de verdad.

Entonces él, dudando, le puso la mano en la mejilla. Pascual Velasco dijo:

—No quiero hacerte daño. Es mejor que lo dejemos.

Esas palabras las crearon en una fragua con un mazo que golpea al rojo vivo un trozo de hierro sin piedad. Las llevan grabadas en la frente con dolor tantas personas...

Pero Manuela no pensó en los demás, sino que se llevó las manos al vientre. «¿Y qué hago yo ahora?», pensó, mientras el sabor del queso, del único queso, se resistía aún en su memoria.

LA PAZ

En el pueblo reinaba una alegría tensa. Estaba anunciada la paz para las doce de la noche, las cero horas, según el parte del ejército vencedor.

Todos deseaban que el tránsito de la guerra a la paz se produjera sin sorpresas, que los muertos fueran los muertos y los vivos los vivos. Que no se vieran a última hora los reflejos de rencillas sin pagar o venganza postergadas.

Camilo herraba una yegua con parsimonia. Aunque no faltaba mucho para la puesta de sol, entre golpe y golpe de martillo buscaba sonidos alarmantes. Todos en un pueblo tienen un recuerdo, una querella. A él le venía a las mientes la denuncia que presentó por abuso de pastoreo contra Hilario Torrano.

Aquella queja supuso para el pastor una fuerte multa y la concesión a perpetuidad de una mirada torva y engañosa.

El bando perdedor estaba devolviendo a los soldados a sus puntos de origen. Los oficiales deberían rendir cuentas ante los altos tribunales militares, pero para los suboficiales y tropa se iba a decretar una amnistía a las cero horas, como la paz.

También estaban llegando soldados del bando vencedor.

Se cruzaban en la calle los uniformes, pero no los rostros, que se reservaban para las cero horas. Los reencuentros se sentían en el interior de las casas de adobe y piedra, pero se hurtaban los sentimientos al exterior.

Que yo sepa, ningún vecino mató en el frente a un hijo del pueblo, pero varios murieron a manos del ejército cuyo uniforme paseaba todavía por las calles.

Ramón Torrano, cabo reciente en el bando ganador, caminaba hacia la casa de sus padres con emoción por el reencuentro, pero con el miedo también a encontrar allí a su hermano Hilario. El frente había avanzado con rapidez y el pueblo, que al principio había nutrido al bando perdedor, luego dio sus hombres al contrario.

Por eso Camilo estaba tenso y herraba la yegua con los oídos en alerta. Había deshecho muchas querellas, reducido llagas, amansado ofensas, pero temía hondamente el reencuentro de los hermanos Torrano. No era el único. Todos sabían que el temor y el resentimiento los habían lacerado duramente. De su encuentro no podía preverse si saldría algo nuevo, un sentimiento de renovada esperanza, o si se oirían tiros en la noche.

Oscureció. Las calles se quedaron llenas de quietud, que no sosiego.

En las casas se doblaban corazones.

Abrazos, «shh...», «más bajo...» y llantos de desesperación y muda alegría.

Camilo cenó solo. Era el hombre al que tantos acudían para dirimir disputas, pero vivía en el extremo del pueblo y solo. No por decisión. La vida lo había colocado en ese punto.

Pensó en las mujeres que le habían gustado y asumió una vez más con desilusión esa vergüenza pertinaz que lo había mantenido en la soltería.

Estaba absorto en sus pensamientos cuando dieron las once treinta.

Solo media hora más y la guerra habría terminado oficialmente.

Carlos Picaza abrió el bar. Lo había avisado. No sabía si iría alguien, pero abrir a esa hora era su atrevida celebración para un momento tan ansiado.

Faltaba tan poco que algunos salieron a la calle. Caminaban su-
biendo la voz milímetro a milímetro.

Matías sacó del arcón la dulzaina y el tamboril y se encaminó hacia el bar.

Se acercaban las cero horas. Tímidamente se empezaron a descorchar almas y a servir risas.

Los disparos quebraron la naciente alegría. Dos tiros, luego otros dos, luego dos más.

Los rostros, dentro y fuera de las casas se giraron buscando el río. Varios fueron hacia allí. Otros corrieron a esconderse.

Los hermanos Torrano abrazaban a Camilo, que lloraba con la escopeta aún en la mano. Colgaba con el cañón hacia abajo humeando.

Los vecinos miraban incrédulos una fosa en la que seis cuerpos yacían en posiciones inverosímiles.

—Tú tenías razón en la demanda —intentaba consolarlo Hilario, sin apartar los brazos del hombre ni los ojos de la fosa.

Su hermano los abrazaba a ambos con una mezcla de afecto, remordimiento y desencanto.

Cubiertos de sangre y los ojos desorbitados, estaban los seis cuerpos, impúdicos mensajeros del fin de la inocencia.

Los vecinos los miraban asombrados. Era imposible describir el horror que sintieron. El aire de diciembre los cubrió piadosamente con su gelidez y adormeció la esperanza.

En el hoyo estaban el niño de la nariz larga, el árabe de la lámpara, uno con una flauta, aquella niña de la capa encarnada...

Los vecinos comenzaron a cubrirlos con tierra allí mismo. Serios.

Y serias sonaron a continuación, en el reloj municipal, las cero horas.